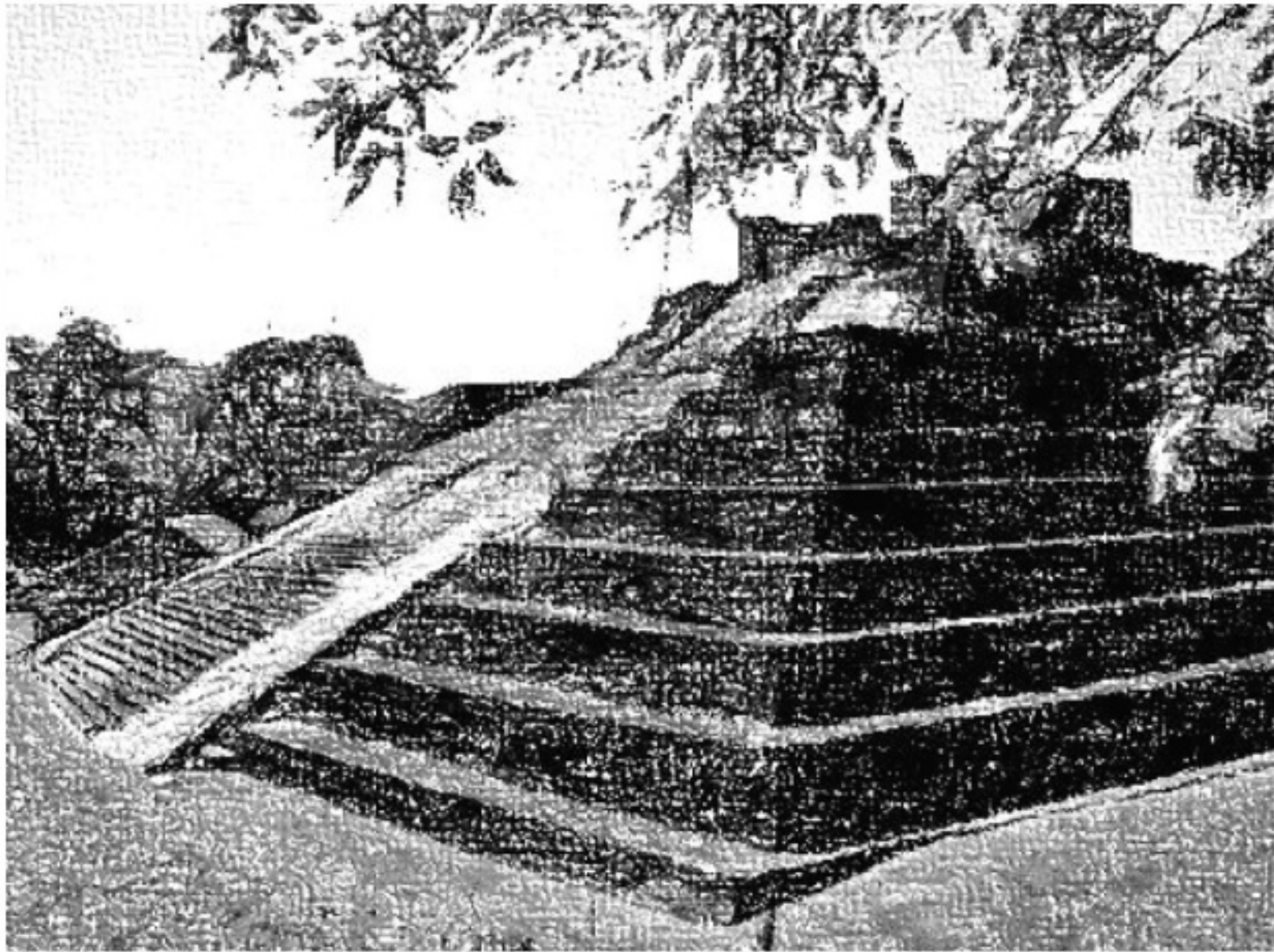


DESIRÉ CHARNAY EN COMALCALCO, TABASCO



Traducción del capítulo 12 del libro

"Les anciennes villes de Nouveau Monde. Voyage d'exploration au Mexique et dans l'Amérique Centra (1857-1882)". Paris, Librairie Hachette.

Charney, Desiré. 1885.

Versión PDF (ebook) de #TabascoEsCultural para la comunidad internauta.

Villahermosa, Tabasco, 2013.

INTRODUCCIÓN

El siguiente texto expone la traducción literal de las experiencias del explorador, arqueólogo y fotógrafo francés, Claude-Joseph Désiré Charnay, en su paso de Paraíso a Comalcalco, sus apuntes y análisis de la vegetación, la población y el estilo de vida de los indígenas tabasqueños de finales del siglo XIX que vierte en el libro ***Les anciennes villes du Nouveau Monde***.

Era 1880, Désiré Charnay viaja por segunda vez a México, visita Tabasco para conocer los vestigios de la ciudad maya de Comalcalco, recorriendo el sitio del 12 al 22 de septiembre. Posteriormente publica varios artículos en la revista *North-American Review* entre 1880 y 1882, así como en su libro ***Les anciennes villes du Nouveau Monde*** en 1885 para dar a conocer al mundo occidental su aventura y lo hallado en suelo mexicano. Además de la descripción, Charnay elaboró un mapa de lo que él llamó "Montículo principal", y que hoy es conocido como "La Gran Acrópolis", en el que localizó el Palacio, los Templos 4 y 5, que él identificó como "torres semejantes a las de Palenque", así como otros dos montículos más. En su redacción se destaca esa búsqueda de ciudades prehispánicas en el territorio mesoamericano, la narrativa y la descripción de las edificaciones develadas en aquél entonces, comparando construcciones con lo visto en sitios arqueológicos como Palenque o Tula y lo interesante que son las ruinas encontradas en Comalcalco para su causa. Gracias a las publicaciones y fotografías sobre sus expediciones, Désiré expuso una teoría sobre el origen asiático de los pueblos antiguos americanos, un misterio latente.

Los gráficos presentados son de dominio público; fotografías estilizadas en blanco y negro por el equipo de la plataforma online de arte y cultura de Tabasco #TabascoEsCultural para una mejor ilustración del relato original del viaje, y por lo tanto no son exposiciones originales de Charnay.

D

e Paraíso a Comalcalco el camino es detestable, sobre todo a la salida del pueblo; nuestros caballos tienen lodo hasta en las corvas y a veces agua hasta la panza, pero los naturales lo encuentran magnífico, todo es relativo: para que sea malo es necesario que las bestias de carga se queden atascadas y que las personas tengan que nadar. Remontamos el Río Seco, el antiguo Tabasco, sobre la ribera derecha, y tres horas de marcha nos llevaron frente a un puente colgante que nos fue necesario atravesar a pie y jalando nuestras bestias por la brida.

Estamos en Comalcalco. Este pueblo, que data únicamente de 1826, está situado en una isla del antiguo río, a casi 60 kilómetros al noroeste de San Juan Bautista y a 16 km en línea recta de la costa del golfo. El pueblo es el centro de un grupo de población considerable, pues con sus suburbios tiene cerca de 2,000 habitantes. Es una especie de pequeña ciudad rural con un jefe político, un médico, dos fondas, un ingeniero y numerosas casas de comercio. Allí se vive sin formalidad, y el traje negro para las cenas y las visitas no es riguroso; por el contrario, cada uno se viste a su gusto, ¡hace tanto calor!... la camisa suelta y los pies desnudos componen la forma de vestir general de los habitantes. Las calles están trazadas a cordel, bordeadas de casas bajas de ladrillos para las tiendas y de bajareque en los barrios. Nada de árboles, que han sido siempre abominados por los españoles; pero aquí este horror al verdor tiene su razón de ser, los árboles atraen mosquitos y otros insectos, grandes tormentos de los países cálidos. A falta de árboles, las calles están cubiertas de hierbas altas y sembradas de charcos donde retozan la muchachada y los palmípedos, y



lo más impresionante es que todos estos pillos, muchachos y niñas se meten desnudos tal cual, y se dedican a fumar puros más gruesos que ellos. Los padres no únicamente autorizan sino que animan en casa esta horrible costumbre a los niños todavía lactantes.

Nuestra fonda no tiene nada de lujosa, pero estamos en casa de amables personas y nuestra anfitriona, una joven mujer de 25 años, enriquecida ya con seis bellos hijos, nos hace una comida excelente. La casa se llueve un poco, pero esto debe ser una costumbre inveterada pues nadie le pone demasiada atención, salvo los patos que se regocijan y vienen a chapotear hasta debajo de mi cama. Es que en verdad vivimos en la región más húmeda de la tierra; detalle singular, la sal siempre está en estado líquido y nos la sirven en botella. Llueve sin cesar, a cántaros y, sin ton ni son; ¡qué clima! Es el norte, el viento del norte, que sopla en series de tres, seis y nueve días, a voluntad; es entonces cuando las lluvias son penetrantes de día y de noche; después vienen las turbunadas, pequeñas trombas, tormentas fantásticas, acompañadas de ventarrones aterradores. ¡Ésta es la estación seca! En cuanto a la estación de lluvias, ésta dura ocho meses; de modo que se pueden contar los días buenos. Sin embargo, como en Paraíso, nuestra llegada causó sensación y ya no somos actores, ahora somos fotógrafos; como se ha visto mi instrumento, cada uno viene a pedimos su retrato. El tendadero se regocija pues eso le trae ventas, e hicieron falta dos días de rechazos y de explicaciones para despedir a nuestros visitantes inoportunos.

Cuando se sabe que venimos a explorar las ruinas todos se ofrecen entonces para servirnos de guía, y no tuvimos más que solicitar trabajadores para tenerlos el mismo día. Estas ruinas, de las que el doctor nos habla con entusiasmo están situadas a 4 km al noroeste del pueblo sobre la ribera

derecha y casi a un kilómetro del río. Se han encontrado allí muchas cosas: máscaras e ídolos del género de las figurillas de Teotihuacán, restos de cerámica; pero los habitantes encontraron allí sobre todo una mina inagotable de buenos y bellos ladrillos cocidos de todos tamaños, que sirvieron en la construcción de las casas del pueblo y en el pavimento de una larga calzada. Allí también se encontraban en los primeros tiempos estatuas, piedras de sacrificio, que indican una edad moderna, columnas, grandes placas de cemento, y todo eso fue quebrado, destruido, devastado. Estos informes odiosos me trajeron la muerte al alma, ¿qué nos quedaría de este palacio, y en qué estado vamos a encontrar las ruinas? Estas ruinas son, no obstante, inmensas y según la gente que nos habla de ellas, serían las más considerables de la comarca. Se agrupan en una multitud de pirámides de todos tamaños sobre una extensión de 16 kilómetros y estos trabajos artificiales son tan considerables y tan cercanos unos de otros que los habitantes los comparan con una cadena de montañas, llamando a esta larga serie de pirámides “La Cordillera”. Uno de los propietarios de esta parte de la región me asegura que ha contado en su terreno más de 300 de estas colinas artificiales; es necesario decir también que están compuestas de tierra y de ladrillos cocidos, como nos hemos asegurado de ello, lo que constituye un consumo de fuerza inimaginable.



Pero las ruinas de Comalcalco no son las únicas en la región; existen otras más al oeste, sobre el itinerario de las migraciones toltecas, en lugar llamado Blasillo. Estas ruinas co-

rresponden a un centro habitado, señalado por los conquistadores, y las ruinas del Blasillo parecería designar a Tonalá, del cual nos ha hablado Bernal Díaz. Como quiera que sea, allá se encontraba una de las ciudades indígenas más importantes, si yo me remito a las descripciones de uno de los “monteros” que las descubrió. Se observan allí los mismos monumentos que en Comalcalco, cariátides, columnas y estatuas; el detestable clima por el que atravesábamos me impidió visitarlas.

Esta ciudad del mismo origen y que se erige en el mismo medio debe ser semejante a Comalcalco, y siendo admitidas las migraciones toltecas, habiendo comprobado el papel civilizador de los toltecas, estas dos ciudades serían toltecas y estarían entre las más antiguas que nosotros conocemos, por la simple razón de que se encuentra más cerca del punto de partida; la misma razón nos designaría a los más alejados como los más recientes, no obstante, esto es lo que nuestros estudios van a demostrar de forma victoriosa.

Nos dirigimos a las ruinas, adonde nuestros trabajadores nos habían precedido; descendimos por el Río Seco, sobre la ribera derecha y, tres kilómetros más allá, caminamos a campo traviesa por un sendero bordeado de grandes flores amarillas semejantes a soles y gigantescas plantas de flores rojas llamadas vulgarmente “cadenas”. A derecha e izquierda notamos capas de cemento muy gruesas, restos del antiguo camino indígena que conectaba al río con la ciudad; sobre dos pequeños arroyos que cortan el sendero existían en otra época puentes de ladrillo de los que nosotros encontramos algunos fragmentos y en los que la bóveda corbelada reproduce las bóvedas interiores del palacio. Hemos visto ya estas capas cementadas y estas bóvedas en Teotihuacán y Tula; y las veremos sin cesar en las ciudades que exploraremos más tarde, en Chiapas y

Yucatán; todos los puentes de Palenque nos proporcionaron una copia exacta de los puentes de Comalcalco.

Pero llegamos, los caballos fueron amarrados en la base de la pirámide, y nosotros alcanzamos a pie, tropezando y resbalando, la meseta que la corona. La altura de esta pirámide es de alrededor de 30 metros, y el plano que presentamos aquí, permitirá seguir la descripción de los diversos monumentos que se levantan sobre su vasta explanada. Primero vagamos al azar en una semioscuridad. Así de espesa es la vegetación; nuestros hombres apenas han comenzado a derribar los árboles y estos señores lo hacen con calma, sin que ninguna observación pueda encender su ánimo. Ellos dan aquí y allá algunos hachazos, se detienen, conversan, encienden un cigarrillo y nos miran riendo admirados de nuestra impaciencia, se me compromete incluso a tener mayores consideraciones hacia ellos, pues de lo contrario abandonarían el lugar ¡qué bonitos trabajadores!

Mientras tanto, se hizo el día y ahora podemos darnos cuenta exacta del estado de los lugares.

La pirámide cubre una forma irregular de 300 metros en la base con una anchura más grande; la explanada alcanza 90 metros.

El monumento principal era un gran palacio (número 3), cuya fachada, vuelta al oriente se extendía sobre una longitud de 71.55 metros. Está casi totalmente arruinada, pero afortunadamente nos queda un fragmento de pie de alrededor de siete metros (número 4) y que nos permitirá reconstruir el edificio.

Nuestros grabados presentan: el primero, una vista exterior que muestra el estado de deterioro del muro y su composición de ladrillos y de gruesas capas de mortero; el

segundo, una vista en perspectiva del interior; restos de muros más delgados indican las divisiones que separaban las salas de palacio, y se puede suponer que el edificio tenía siete u ocho piezas dobles de tamaños desiguales.

Es imposible no reconocer a primera vista el ordenamiento de los monumentos de Uxmal y de Palenque. Es el palacio del gobernador con su doble bóveda de grandes salas, es la bóveda adornada, ligeramente cóncava de Palenque. Si en el corte del palacio, que agregamos edificios del mismo género es porque esta pendiente tiene su razón de ser. Ésta nos comprueba la inteligencia del constructor, quien cambia al grado de inclinación de los techos sin disminuir las semejanzas de los monumentos entre sí.



En efecto, nosotros veremos a esta techumbre adoptar una pendiente más o menos rápida según el clima; ligeramente oblicuo en Palenque, donde las lluvias son frecuentes, ella se modifica en Yucatán, una de las comarcas más secas, hasta formar un techo plano que descansa sobre muros perpendiculares; mientras que en Comalcalco, a la orilla del Golfo, donde llueve sin cesar, los

arquitectos exageran esta oblicuidad del techo para facilitar el escurrimiento de las aguas, y preservar mejor sus construcciones. En cuanto a los materiales, si son diferentes, eso se debe también al medio, y el ladrillo cocido entrecortado por gruesas capas de mortero de cal, extraída de las conchas de las lagunas, sustituyó a la piedra

ausente en esta vasta llanura de aluvión. En cuanto a los bloques necesarios para la fabricación de las columnas de las estatuas o de los altares, se les debía traer de la montaña por los ríos. Pero ninguna de estas modificaciones, hará desaparecer el perfil típico del *calli* tolteca que hemos dado en el capítulo de Tula, y éstos serán siempre monumentos del mismo tiempo y de la misma arquitectura que volveremos a encontrar sin cesar en todas nuestras exploraciones.

Pero regresemos al palacio; el muro estaba desnudo en la parte baja, y sin otro adorno que una capa de cemento liso, pulido y pintado; éste se levanta perpendicularmente a 3.55 metros coronado por una cornisa muy saliente, ésta se hace oblicua, después paralela a la línea de la bóveda corbelada del interior para convertirse en una segunda cornisa de saliente menor que la primera, sirviendo ambas como marco a uno de los frisos más ricamente decorados a juzgar por los fragmentos dispersos en los alrededores; arriba y en el centro de la techumbre se levantaba un muro decorativo, motivo esencialmente tolteca que observaremos en la mayor parte de los templos y palacios indígenas, como ya existían sobre los templos de la altiplanicie de acuerdo con los modelos de cerámica que poseemos en Trocadero.



La anchura del edificio, incluidos los muros, es de 8.30 metros. El espesor de los muros es de 1.20 metros, la anchura de los cuartos es de 2.55 metros, y la altura de la bóveda en el interior de 7.30 m (véase el corte.)

El monumento estaba pintado de vivos colores, y el rincón

en la extremidad norte del palacio es todavía un rojo estallante.

No se encuentran en Comalcalco la multitud de desechos, tepalcates, vasijas, puntas de flechas, fragmentos de obsidiana, máscaras, etc., que parecen componer todo el suelo de las ciudades de Tula y Teotihuacán. La obsidiana debía ser rara y debía venir de las montañas; en cuanto a las vasijas, se les sustituía generalmente con las cáscaras de las frutas o de las cucurbitáceas, las cuales proporcionaban utensilios más baratos de transporte más fácil y mucho más durables. Los lacandones que encontramos no usan otra vajilla que ésta actualmente. El trabajo, escultura y pintura de estos utensilios de cáscara constituyen una de las más importantes y más prósperas industrias.

Estas vasijas, a las que se llaman jícaras cuando son pequeñas y tecomates cuando son grandes, venían las más bellas, de Olinalán (*sic*) Guerrero, y las de Tabasco, tan famosas, venían de Jalpa. La jícara es el fruto de un árbol del tamaño de un naranjo, con copa en parasol; el follaje es escaso, la hoja es pequeña y semejante a la del laurel; los indios lo llaman *xicalquáhuil*, árbol de jícara. Es un árbol de tierra caliente. El fruto, dividido en dos paralelamente al

pendúnculo que lo sostiene, proporciona dos vasijas, de las cuales la inferior, más bella, se llama jícara flor, y la otra, jícara botón; pero si el fruto es cortado a lo largo pasando por el tallo, se llama entonces jícara barba.

El árbol que produce el tecomate se asemeja al que produce la jícara; solamente que el fruto de estos últimos



es más pequeño y lo componen diversos cortes que se llaman atotoniles, cubiletes o cocos. En Jalpa, como decía, se da a estos frutos formas diversas y muy graciosas por medio de ligaduras cuando se desa-rollan en el árbol; después, una vez secos, se les adorna con inscripciones y dibujos grabados en relieve. Existe todavía un fruto más cuya planta se arrastra como la calabaza, especie de calabaza de cáscara dura y del que los indios fabrican también vasos, pero mucho más grandes y llamado atecomates. Se les pinta de colores vivos, de una solidez extraordinaria de las que sólo los indios tienen el secreto.

Pero si yo encontré pocos fragmentos, comparativamente a los que se encuentran en las ruinas del altiplano, tuve la fortuna de recolectar dos ladrillos llenos de dibujos grabados muy curiosos y raros, pues en vano busqué otros de la misma naturaleza. El primero no contiene más que círculos concéntricos; pero en el segundo se muestra el retrato en pie de un guerrero con su penacho de plumas, dibujo de los más *naive*, debido a la herramienta del ladrillero indígena, quien los grabó sobre la arcilla todavía húmeda, antes de la cocción del ladrillo. Estos dos ladrillos forman parte de la colección de Trocadero.

A una distancia de 11 metros al sureste del palacio, sobre una plataforma de cemento de 8.10 metros de anchura y 12 metros de longitud se levanta una torre marcada con el número 1 en nuestro plano, abrazada, sostenida y como sujeta por las raíces de los grandes árboles que la coronan; esta torre oblonga es de aspecto muy pintoresco y, excepto su base, es del modelo de la torre de Palenque.

Esta torre tenía tres pisos, de los cuales subsisten todavía dos, y a juzgar por lo que queda de ella, el segundo piso debía dividirse en cuatro compartimientos o piezas pequeñas, cuyas dimensiones son las siguientes:

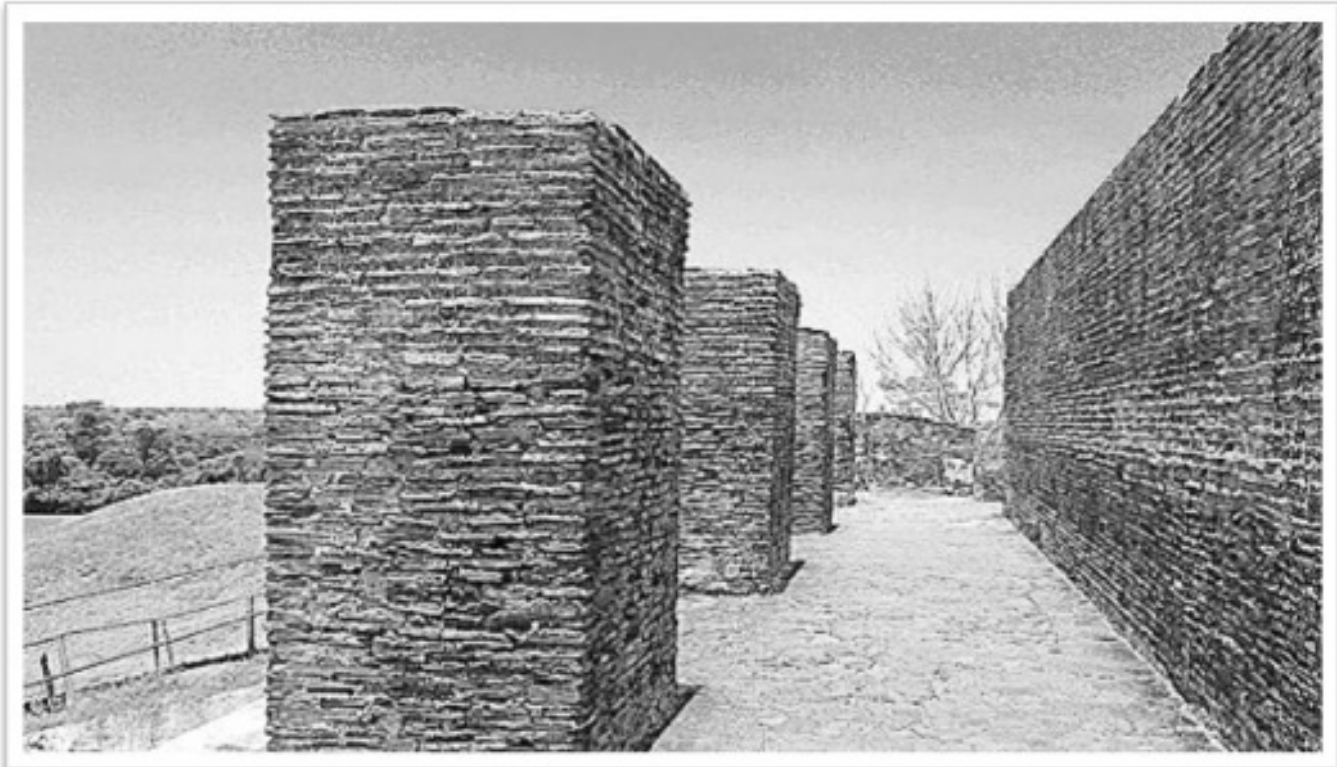
Dos piezas interiores de 1.70 metros por lado unidas a otras dos piezas, forman como una galería exterior con tres aberturas a otras dos piezas, forman como una galería exterior con tres aberturas separadas por dos pilares cuadrados de 70 cm de lado. Abajo, el primer piso debe reproducir la disposición del segundo. Nosotros entramos a través de una parvada de murciélagos, en la única pieza que era accesible, de 2.40 m por 1.50 m. La ornamentación de esta torre debía ser algo colosal, pues el fragmento que encontramos en medio de los escombros y que reproducimos aquí no mide menos de dos metros; las figuras o caracteres que a manera de inscripciones árabes, se muestran sobre el paño del muro desplomado, tienen casi un metro de altura con un relieve de 10 cm, y se obtuvieron por medio de aplicaciones de cemento fresco modelado, procedimiento que señalaré como perteneciente a la primera época, y que volveremos a encontrar en Palenque, en Tikal y en las ciudades más antiguas de Yucatán, por ejemplo en Aké y en Izamal.

La torre número 2 que se encuentra a diez metros al suroeste del palacio, debía ser mucho más importante que la primera, pero está totalmente arruinada; no quedan más que algunos años de muros sin forma, apenas suficientes para establecer el plano aproximativo del edificio. No obstante, al norte existe una serie de escalones muy bien conservados que nos permitían llegar a la terraza formando el segundo piso, se abrían puertas que daban acceso a cuatro piezas actualmente subterráneas de 2.5 metros de largo por 2 metros de ancho. Nuestro grabado representa las gradas y la entrada de una de las piezas.

La ornamentación de esta torre debía ser tan extraordinaria como de la torre número 1 pues un enorme fragmento de muro, derrumbado sin romperse, nos ofrece un precioso ejemplo de esta ornamentación. Sobre el muro de ladrillo

se extiende un alto relieve el cuerpo de un hombre de tamaño natural del cual no podemos sino admirar el magnífico modelado. Desafortunadamente han desaparecido una parte de la pierna, la parte alta del cuerpo y el antebrazo, así como una parte de las vestimentas, de las cuales no quedan más que el cinturón y un fragmento sobre la cadera.

Puede ser también que la estatua se presentara desnuda y no tuviera por vestido más que el *maxtli*, como hemos podido comprobar en Palenque, en las decoraciones del ala interior del palacio.



Esta torre número 2 con sus gradas y su plataforma sobre la que se levantaba el cuerpo mismo del edificio, responde exactamente a la descripción que nos ha dado Oviedo y el capellán de Grijalva de los monumentos del mismo género, en Cozumel y en la costa; y estas dos torres y el palacio, como los templos de los que vamos a hablar, debían brillar

de lejos a los ojos de los españoles asombrados, como las torres de las ciudades costeras en Yucatán.

Sabemos que los primeros estaban habitados en tiempos de la conquista, ¿no tenemos derecho de afirmar que Comalcalco también estaba?, y si Comalcalco estaba habitado, ¿qué diremos de Palenque, donde nos encontraremos un mayor número de edificios y en mejor estado de conservación? La cuestión nos parece resuelta.

¿Por qué monumentos contruidos de la misma forma, tan sólidamente, en la misma región, bajo el mismo clima, en medio de la misma vegetación, por qué estos monumentos están en ruinas cuando los otros están en parte de pie?, ¿prueba eso que son más recientes?

Las mismas causas han actuado tanto sobre los unos como sobre los otros; nosotros debemos creer evidentemente, puesto que son semejantes, ¿no es cierto? Y si los palacios y templos de Comalcalco estaban enteros y habitados en la época de la conquista como todo nos lleva a creerlo, entonces el palacio y los templos de Palenque se encontraban en condiciones análogos.

Pero el Palacio y las dos torres no eran los únicos monumentos que se erigían sobre la explanada de la pirámide; los números 5 y 6 del plano nos indican el emplazamiento de otros edificios totalmente arruinados, en tanto que sobre las pendientes se erigían pequeños adoratorios de los que recolectamos los restos. Esta pirámide constituía entonces por sí misma una especie de pueblo, más bien una inmensa mansión señorial con palacio, residencia de príncipe, templos y casas para los sacerdotes y chozas para los servidores.



Enfrente de esta pirámide, al norte, y ocultos bajo la exuberante vegetación de la selva virgen que reproduce nuestra ilustración, se encuentran otras tres pequeñas pirámides de las cuales las dos más pequeñas se elevan a 7 u 8 metros de altura, y la más grande a 12 o 14 metros. Las tres estaban coronadas por un templo cuyos muros se encuentran todavía parcial-

mente en pie. Las capas de cementos destruidas dejan al desnudo el cuerpo del muro, donde yo observo ladrillos de todos tamaños, de 15 por 25 cm y 3 cm de grosos, de 42 cm de largo, de 32 de ancho y 3 cm de grosos, y de 60 por 40 cm y 4.5 cm de grosor, siendo empleados los más grandes en los empalmes. Otras pirámides, por cientos, todas cargadas de palacios se extienden hasta la costa, ocultas en las profundidades de la selva; cuántos monumentos por descubrir, cuántos misterios por aclarar. Harán falta muchos años, mucha gente y una salud férrea a los nuevos exploradores; yo acabo de trazar el camino, pero les deseo una mejor estación y mejores trabajadores que los míos.

La inmensidad de las ruinas de las que no hemos hecho entrever sino una mínima parte implica una inmensidad de trabajadores y por consiguiente una de las poblaciones más densas. Es evidente que el Tabasco de hoy con 100,000 habitantes no podría producir monumentos tan considerables como los de Comalcalco, y ésta es una de las

grandes objeciones hechas a la modernidad de los edificios, ¿quién los habría erigido en los siglos anteriores a la conquista?, ¿había entonces una población enorme! ¿Y qué habrá sido de esta población?

El genio del pueblo tolteca que hemos estudiado, las citas de diversos autores respecto de este pueblo y sus migraciones de norte a sur, hacen evidentemente a los toltecas los únicos y verdaderos creadores de los edificios que acabamos de ver y de los que veremos más tarde. Ellos encontraron, los hechos nos lo dicen, una población numerosa a la que civilizaron y que se multiplicó bajo su organización pacífica. Ellos tenían entonces a la mano, desde los primeros tiempos de su llegada un instrumento, una de las manos de obra más fácilmente empleables y la menos cara que haya habido jamás.

Estas razas, en efecto, eran tan fuertes que eran sobrias y sumisas.

Sahagún nos cuenta cómo se enseñaba a los niños la abstinencia: hasta los diez años una tortilla por día; de doce a catorce, dos tortillas; para los hombres, tres, agregando unos frijoles negros y un vaso de agua; y estos mismos hombres llevaban todo el día bultos enormes o se dedicaban sin cansancio a trabajos continuos. También, conociendo mejor su número, su resistencia y su sobriedad se impresiona uno de la inmensidad de los monumentos que nos han dejado.

El nuevo México fue reedificado por Cortés en pocos años, la ciudad entera de Tula fue construida y acaba en 6 años. Todo debió haber sido hecho por obligación, por masas innumerables dirigidas por gente con oficio, quienes terminaban y pulían la obra. Se convence uno de ello fácilmente en Teotihuacán, donde las pirámides no son más que un conjunto de piedras en bruto y tierra sostenida por

muros de sillería forrados de capas de cemento pulido; en Aké, donde todo era de piedras en bruto cubiertas de cemento; y la tarea debía de marchar con una rapidez extraordinaria.



Ésta es una teoría que, fuera de otras pruebas, haría a los toltecas los civilizadores de las regiones de América Central. Esto es que las regiones templadas son las únicas en donde se hayan podido desarrollar los principios civilizadores. El calor, la producción espontánea y las pocas necesidades del hombre que vive en las zonas tórridas, lo mantienen en un estado de

somnolencia y de pereza del cual no quiere salir.

Entonces cuando nosotros encontramos una alta civilización en estas comarcas, como en la India por ejemplo, es necesario admitir la inmigración de otra raza portadora de una civilización hecha, implantándola en el país invadido y sirviéndose de la raza conquistada para la construcción de sus edificios; y éste es absolutamente el caso de los toltecas en relación con Centroamérica. Pero esta teoría se comprueba todavía mejor por la facilidad con que el pueblo civilizado por otro recae al estado de barbarie una vez que, librado a sí mismo, ya no es sostenido por el pueblo civilizador; la India, Camboya, y Java nos ofrecen ejemplos impresionantes.

Pero se dirá, ¿en qué se ha convertido esta población tan densa de la que usted habla?, ¿dónde están los millones de hombres que poblaban estas comarcas en la época de la conquista? Dos cosas han contribuido a hacerlas desaparecer. Hubo primeramente el hecho inaudito de la invasión española y la destrucción del imperio mexicano, que lanzó una profunda perturbación en la organización de todos estos pueblos: conmoción resentida hasta en las provincias más alejadas, conmoción seguida de desánimo y parálisis moral que debió influir inmediatamente, y de una forma radical en la fecundidad de la raza. Hubo también el miedo que inspiraban los recién llegados y el horror que se experimentaba por ellos; horror tan profundo, que los indios abandonaban pronto los lugares ocupados por los conquistadores; antipatía tan violenta que persistió hasta nuestros días. Los pueblos indios se vacían con la aparición de un español y se reocupan cuando él se retira; nosotros veremos incluso durante el transcurso de este estudio una gran ciudad, Tayasal, abandonada a la hora por todos los habitantes cuando fue tomada por Martín de Usúa. He aquí la causa moral que también tiene su importancia.

En cuanto a la segunda causa, o mejor dicho en cuanto a las causas físicas, los historiadores van a decírnoslas. Éstas son múltiples, en efecto, y acusan por parte de los españoles frente a sus víctimas una barbarie tan inconcebible como lo que Mendieta otorga a estos mártires, la dulzura, la simplicidad, la humildad, la obediencia, la paciencia y la pobreza, es decir todas las virtudes cristianas.

Pero, aparte de los malos tratos, los salvajismos cometidos todos los días y los trabajos de las minas, hubo epidemias:

La viruela de 1521, que los indios llamaron *huey-zahuatl*, la gran lepra; la mitad de los indios murieron por ella.

La rubéola (sarampión) en 1531, que ellos llamaban *tepitón-zahuatl*, la pequeña lepra; que causó una gran mortandad.

Las bubas.

El flujo de sangre en 1545; solamente en Tlaxcala y Cholula murieron 250,000 indios.

Finalmente diversas epidemias, en 1564, en 1574, en 1588, y 1595 que se llevaron a más de 3 millones de indígenas. Las miasmas enfermedades actuaron en Tabasco y Yucatán y “con mayor vigor”.

Rubéola, viruela, tisis, flujo de sangre, fiebre y disentería. Estos infelices se bañaban cuando tenían la viruela y la rubéola.

Motolinía nos cita igualmente la viruela de 1521, que hizo desaparecer a la mitad de la población indígena, después de la rubéola que se llevó a mucha gente y la gran hambruna que siguió a la toma de México. El autor nos habla de las encomiendas y sobre todo de los enormes tributos que los españoles imponían a los indios, tributos que era necesario pagar, de no hacerlo los pobres indios morían en los suplicios, pues los españoles los trataban bestialmente y los estimaban menos que a los animales.

Se podrían citar a otros autores, pero las citas no serían sino la reproducción de las precedentes, que deben ser suficientes. Como se ve, la desaparición de los indios, si no es natural, cuando menos es muy explicable, y es evidente que las grandes ciudades tan pobladas a la llegada de los españoles, se vaciaron casi inmediatamente y que los templos y palacios abandonados a merced de los elementos, fueron destruidos prontamente por los esfuerzos combinados de la naturaleza y el hombre.

No podemos sino impresionarnos de una cosa: que en tal medio, éstos hayan resistido tanto tiempo.

Como construcción no se podrían comprar a los monumentos de América con los de Camboya, que pertenecen casi a la misma época, al siglo doce, y que a pesar de sus masas más enormes y resistentes, se encuentran en el mismo estado de deterioro.

Ahora se trata de regresar a San Juan Bautista, y después de haber dicho adiós a nuestros amigos de Comalcalco, nos ponemos en camino. No tomamos el mismo camino, pues para remontar el río, harían falta ocho días. Confiamos entonces nuestro material a unos bogas, remeros, que se reunirán con nosotros en la capital, y nosotros partimos a caballo, remontando el Río Seco por la margen izquierda.



La ribera era alta y el camino mejor de lo que esperábamos; el paisaje es soberbio; a la izquierda se suceden sin descanso las islas del antiguo río, cubiertas por una vegetación magnífica; a la derecha se extiende una larga cadena de ranchos y de haciendas de cultivos muy variados, campos de maíz, plantaciones de caña de azúcar, de café, de cacao.

Estas plantaciones ofrecen al extranjero un interés particular y representan un trabajo gigantesco: es necesario

tumbar la selva, quemar y hacer desaparecer los árboles, limpiar completamente el lugar para plantar allí una especie particular de árbol a la que se llama “las madrinas” del cacaotero.

En efecto, este arbusto, que como el café no se desarrolla bien sino a la sombra, necesita de la tutela de estos grandes árboles que, extendiéndose en forma de sombrilla protegen la delicada planta de los rayos del sol, dejando pasar el aire y la luz. Nosotros vemos, pasando, el follaje brillante de los arbustos y sus frutos en forma de castaños gruesos y grandes llamados mazorcas; estos castaños son rojos, verdes o amarillos y se originan en el tronco y las ramas gruesas de los árboles.

Como setos para cercar los campos, hay espesas líneas de pita detrás de las que se llenan majestuosas hileras de cocoteros o de naranjos silvestres cuya magnífica verdura se agrega a la riqueza del paisaje.

Hacia las cuatro horas fuimos a solicitar hospedaje en una gran hacienda perteneciente a don Cándido Verao. Don Cándido, quien se ocupa de las antigüedades nos exhibe su pequeña colección y nos cuenta que por todas partes en los alrededores se encuentran montículos que son tumbas o bases de adoratorios indígenas, y que se recogen allí una multitud de figurillas y de restos de monumentos, los cuales prueban que en otro tiempo la región nutria una población muy densa.

En resumen, pasamos una velada encantadora y nos dirigimos al día siguiente a buena hora a San Antonio Cárdenas para llegar, sobre la margen izquierda del Río Tabasco, a la habitación del Carmen, perteneciente a don Policarpo Valenzuela, el más rico de los empresarios de

madera de caoba. Este hombre, un mestizo que comenzó como un simple obrero cortador de madera, llegó en menos de 20 años a amasar una fortuna de cuatro millones de piastras y a contar como una potencia en el estado. De una antigua sencillez, el viejo obrero acoge en su casa patriarcal tanto al indio vagabundo como al viajero europeo; su mesa está dispuesta para todos y cada uno puede sentarse ante ella. Fue gracias a su cortesía que nosotros pudimos obtener canoas y llegar a San Juan Bautista a la mañana siguiente.

Actualmente esta es la zona arqueológica maya de Comalcalco, de las más importantes en Tabasco, y se dice que no está descubierta ni al 10% de las construcciones que hay debajo.



Le agradecemos la descarga para leer estos temas tan importantes de la historia de los pueblos mesoamericanos en Tabasco. Esta región tiene mucho que compartir.

Visite #TabascoEsCultural en la web para disfrutar conocer más acerca de las artes y la cultura de este estado mexicano, pero más importante aún, visite Tabasco, visite México.



#TabascoEsCultural

Plataforma Online de Arte y Cultura de Tabasco